

Dos palabras sobre la creación de la Escuela de Restauración y algunos recuerdos de sus primeros tiempos.

Corría el año 1.962. El Director General de Bellas Artes, a la sazón D. Gratiano Nieto Gallo, después Rector de la Universidad, pensaba en la creación de un gran centro para el tratamiento, conservación y restauración de las obras de arte españolas, la etnología, la arqueología y la documentación gráfica, tan abundantes y maltrechas en nuestro patrimonio nacional.

Lo primero que hace es pedir consejo a la Unesco, la cual envía al inefable y humanísimo, amén de investigador activo en estos campos, Paul Còremans, para que haga un estudio e informe sobre la necesidad y condiciones que debe reunir este futuro centro español.

Los antecedentes de la restauración en España eran parcos: La cátedra de Restauración de Cuadros, de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, que era optativa, regida con interés y amor por su primer titular, el estupendo pintor paisajista y restaurador, Don Francisco Nuñez Losada, a cuya jubilación sucedió su hijo Don Francisco Nuñez de Celis. Como digo, la asignatura era optativa y, por lo tanto, tenía pocos alumnos, los cuales eran verdaderamente vocacionales. Yo estaba entre ellos.

Se echaba en falta un gran centro moderno para estos menesteres, como por ese tiempo tenían Roma y Bruselas, del que era director el mencionado Paul Còremans, y otras capitales de naciones menos ricas en patrimonio cultural que España, encrucijada de caminos y museo de culturas.

Còremans informa que el gran centro tendrá tres estamentos, el profesional, el investigador y el docente. Aquí está la Escuela. El docente que se ocupará de formar a los futuros profesionales que deben engrosar las listas del personal del Instituto Central de Conservación y Restauración de Obras de Arte, Arqueología y Etnología, que así se debe llamar, y demás museos del estado español.

Fueron llamándonos al Casón del Buen Retiro, sede provisional del centro recién creado. Nos hicieron unas pruebas consistentes en restaurar cada aspirante una obra de su especialidad.

En las Comisiones Técnicas de Restauración, como ocurre siempre, había muchos señores que no entendían nada de Restauración. Por sus cargos relevantes eran llamados a formar parte de ella, los señores Sánchez Cantón, Director del Museo del Prado, Angulo Iñiguez, Director de la Real Academia de la Historia, Enrique Lafuente Ferrari, historiador del Arte, Fernando Labrada, académico de la Real Academia de Be-

llas Artes de San Fernando... etc, etc.

Hay que decir que, al final, se quedó solo en la Comisión D. Fernando Labrada que, además de primoroso pintor, era también restaurador. Aquella Comisión, que todo lo entorpecía, se consumió en sus mismas cenizas.

A. D. Fernando lo recuerdo con cariño y respeto, ya que era el único entendido de aquel grupo. Para las limpiezas físicas, tan arriesgadas, recomendaba tener un juego surtido de pinchos. Pinchos cortos, largos, romos, afilados... " El pincho de Labrada " que usado " con esmero y propiedad proporcionaba los mejores e insospechados resultados ".

Hay que mencionar también al Secretario Administrador del Instituto D. Arturo Díaz Martos, autor después del libro sobre restauración, publicado en castellano, uno de los primeros en esta lengua.

Paul Còremans, nuestro verdadero padre, nos animó desde el principio, nos ilustró con sus múltiples conocimientos y teorías, nos trató



como amigo y nos aconsejó y orientó sabiamente.

Recuerdo que un día, no muy inspirado para el trabajo por mi parte, se sentó a mi lado y con gran delicadeza y discreción, me preguntó que si estaba contento, que si tenía problemas, familiares o de dinero (llevábamos más de seis meses sin cobrar un céntimo), porque el trabajo reflejaba mi estado de ánimo. Al saber la verdadera causa de la depresión le faltó tiempo para decir al Director General de Bellas Artes y al Ministro correspondiente, que al personal no se le podía tener sin cobrar. A la vuelta de la audiencia, en un aparte de íntimos amigos, nos dijo una frase que jamás olvidaré: "En España, muchachos, casi siempre son mejores los soldados que los Generales". Esto dicho después de la audiencia al más alto nivel ministerial de la que venía, nos hizo un nudo en el corazón.

Otras veces, para animarnos nos decía: Aunque los sueldos oficiales no sean muy grandes, vosotros tenéis la ventaja de que el prestigio que da el tener un puesto oficial os reportará trabajos particulares que podréis cobrar más sustanciosamente.

Otra de las cosas que defendía era el horario de la jornada de trabajo. En una labor como ésta, de tanta concentración y minuciosidad, decía, no se puede estar más de cuatro o cinco horas seguidas para rendir con normalidad. Si no, se pasará el tiempo de tertulia, en espera de rendir más en el posterior trabajo particular.

Conocía perfectamente el talante humano.

La Escuela, por aquellos tiempos, funcionaba parejamente con la Restauración en el Instituto. Cada restaurador tenía un par de alumnos que le ayudaban en su trabajo tres horas en la mañana, y así practicaban y aprendían. La historia del Arte, la Química, etc. se daban aparte.



Palacio de las Rejas, edificio de la calle de La Bola que es sede de la Escuela de Restauración. Actualmente se encuentra en obras desde Diciembre de 1.984 y muchos se preguntan cuando se verán concluidas.

En el año de 1.969 se reglamenta la Escuela en el B. O. del E. y se publican sus planes de estudio.

Más tarde fuimos trasladados al Museo de América, provisionalmente también.

Siendo yo director de la Escuela, en el año de 1.979, se adquirió el edificio de la calle de la Bola, actualmente en obras, como sede definitiva para la Escuela separada del Instituto por un incomprensible sucedido. Al crearse el Ministerio de Cultura, los centros docentes quedaron en el Ministerio de Educación y Ciencia, mientras que los profesionales, como el Instituto, se fueron a Cultura.

Ahora estamos a la espera de la terminación de las obras de la nueva Escuela, comenzadas en Diciembre de 1.984, y en espera también de la clasificación definitiva de estos estudios, hoy en plena ascendencia.

Como muestra de incongruencia, se pide para ingresar en la Escuela, el título de Bachiller Superior o el de Artes Aplicadas, dándose la

circunstancia de que al finalizar los estudios se otorga el mismo título de artes aplicadas que se exigió al principio.

Corre el año de 1.985. El Subdirector General de Enseñanzas Artísticas, donde nos encuadramos actualmente, tiene en la mente un gran centro de Restauración española.

¿Se arreglará este asunto definitivamente?

Por Leocadio MELCHOR RODRIGUEZ.

